

241-285: “Der gläubigen Vernunft”). Aparece además, y de nuevo en esta última parte, la fórmula del “culto razonable”, que “permite identificar este carácter totalizador y amoroso de la acción testimonial del cristiano en el mundo”, confirmada por los textos citados de *Lumen Fidei* 38 —al que se añade el n.40— y *Sacramentum caritatis* 85, que abren las más recientes adquisiciones magisteriales sobre nuestro tema.

En las palabras finales, el autor confiesa honestamente y con toda la razón que “por un lado este libro despierta cierta satisfacción al ver la cantidad relevante de material filosófico-teológico-cultural que se ha ido ordenando” y “por otro lado, queda la impresión de que sólo hemos esbozado cada uno de los problemas estudiados”. No se puede negar que esta obra representa una muy notable y estructurada aportación a toda esta temática, que recuerda en alguno de sus puntos relevantes la imponente monografía citada, pero seguramente poco conocida, sobre el testimonio según Balthasar de M. Neri del 2001. Además, la voluntad de enmarcar toda esta propuesta habiendo escuchado los signos de los tiempos de la primera parte e intentando aterrizar en la última, le dan una característica totalmente novedosa y propositiva en este campo y que por esto la hacen digna del mejor reconocimiento.

A su vez, debe realizarse la tenaz laboriosidad que suponen los capítulos centrales con una bibliografía atenta y adecuada así como los diversos puntos más “teóricos”, especialmente el de la “metaantropología” inspirada en Balthasar, así como la propuesta final novedosa sobre “el culto razonable”. En definitiva, estamos ante una obra cuya notable calidad, tanto a nivel informativo y bibliográfico como reflexivo y propositivo, manifiesta la fuerza y significatividad de la *ratio testimonialis* tan necesaria en nuestro mundo plural, tal como su autor tan justamente propone. Por esto, para la finalizar, se puede afirmar que la lectura atenta de este libro con su propuesta de una fundamentada *ratio testimonialis* en clave de “culto razonable”, actualiza con renovada fuerza la tarea teológico-fundamental atenta a la sociedad plural en que vivimos centrada en “dar razón de la esperanza que hay en nosotros” (1 Pe 3,15). Por eso, nos congratulamos con esta vigorosa aportación al tema del testimonio, esperando que, tal como dice el mismo autor, suscite “preguntas y observaciones, o, mejor aún, libros que sigan sumando a la tarea de dar razón de la naturaleza testimonial de la revelación cristiana y su razonabilidad”. ¡Que así sea!

Salvador Pié-Ninot

---

BRAGUE, R., *Le règne de l'homme. Genèse et échec du projet moderne* (Collection L'Esprit de la cité; Gallimard, Paris 2015). 403 pp. ISBN: 978-2-07-077588-0

Presentamos la tercera entrega de una trilogía completada en los últimos años por el filósofo y medievalista R. Brague, catedrático emérito de la Sorbona y la Uni-

versidad Ludwig-Maximilian de Múnich. Disponemos de la traducción castellana de los dos volúmenes precedentes: *La sabiduría del mundo. Historia de la experiencia humana del universo*, Encuentro, Madrid, 2008 (*La Sagesse du monde. Histoire de l'expérience humaine de l'univers*, Fayard, Paris, 1999) y *La ley de Dios. Historia filosófica de una alianza*, Encuentro, Madrid, 2013 (*La Loi de Dieu. Histoire philosophique d'une alliance*, Gallimard, Paris, 2005). También la presente obra es una “historia filosófica”, pues la argumentación se basa en manifestar la lógica interna presente en el desarrollo diacrónico del pensamiento moderno, a través de una cantidad apabullante de autores de diversa índole (filósofos, literatos, científicos...). Las otras dos obras estaban, por el contrario, más centradas en la antigüedad y el medioevo. Sin embargo, el hilo conductor de la trilogía no es histórico sino temático: no intenta nuestro autor hablar de la formación de los conceptos de mundo, Dios y hombre —como podría creerse—, sino más bien del mundo, de Dios y del hombre en relación con este último. Así, pues, los tres libros versan sobre antropología y el último manifiesta la forma de comprenderse el hombre a sí mismo, principalmente en la modernidad.

La obra consta de tres partes: en la primera, son estudiados los preparativos del proyecto moderno, en la segunda, su gestación, y en la tercera se pone de manifiesto que dicho proyecto tiende, por su dinámica interna, a destruirse a sí mismo. No se habla tanto de la modernidad como tal, cuanto del “proyecto” moderno, cuya característica principal es ser *proyecto*, una decisión de detener la historia y dejar el pasado atrás. Ello incluye cierto rechazo del medioevo (p. 12) y su objetivo principal es el sometimiento de la naturaleza (p. 14) a fin de establecer el “reino del hombre” como reza el título de la obra. La primera parte pone de manifiesto que las bases para tal proyecto habían sido sentadas en la antigüedad y en la edad media, a pesar del menosprecio del pasado, típico de la modernidad. Se afianzan aquí las ideas de su reciente libro *Modérément moderne*, Flammarion, Paris 2014, donde se afirma que las grandes intuiciones modernas fueron tomadas de aquel pasado que pretendía ser superado; contemporáneamente, debido a sus íntimas contradicciones, a la modernidad misma se le han escapado de las manos sus propios logros. La peculiar dignidad del hombre estaba, pues, pacíficamente admitida hasta que el proyecto moderno mismo puso en cuestión al hombre que había de ser ensalzado.

Grecia concuerda con la Escritura en lo tocante a la superioridad del ser humano, la cual lo sitúa al frente de la creación pero no para tiranizarla sino para cuidar de ella (p. 36). Tampoco existe rivalidad entre Dios y el hombre, sino que éste es su imagen más perfecta. Sin embargo, la modernidad traslada la dignidad humana del ser al obrar, reduciendo éste a la producción técnica, de modo que se inicia una tendencia a emular al Creador. Esto se aprecia bien por el retorno de la mentalidad mágica, la cual, lejos de ser una invención medieval, sufrió un retroceso en la edad media. Así, Brague afirma audazmente que, “[d]’une façon générale, la Renaissance n’a nullement été un âge de progrès de la rationalité ; bien plutôt, elle s’accompagne d’une recrudescence de la crédulité” y, de modo análogo, “[l]e siècle des Lumières fut d’ailleurs aussi celui des charlatans” (p. 77). La modernidad sin duda barre la magia, pero no sin haberla reinterpretado primero y convertido en técnica (p. 79).

En la segunda parte de la obra se narra el despliegue del proyecto moderno. Éste se presenta con la intención no ya de adaptarse a la naturaleza ni siquiera de sacar partido de ella, sino de transformarla. Se trata, en palabras de Bacon, de instaurar el “reino del hombre”, el cual viene a ser concebido como una versión secularizada del reino de los cielos, donde se devuelve al hombre la soberanía sobre la naturaleza, propia de un estado prelapsario (pp. 92-93, 116). Las distintas ideas madre del proyecto moderno, como “progreso” o “ciencia”, tendrán por objetivo la exaltación del hombre. No es extraño que el proceso al cabo desembogue en la divinización del ser humano; éste enseguida se encontrará a disgusto compartiendo el sumo poder con Dios, conquie el ateísmo se hará necesario.

El tema de la tercera parte está anunciado en el subtítulo de la obra: el fracaso del proyecto moderno. En primer lugar, se recuerdan las víctimas del progreso moderno: los desastres ecológicos, las deplorables condiciones del proletariado e incluso el riesgo —hoy más amenazador que nunca— de la destrucción de la humanidad entera por efecto de alguna catástrofe tecnológica (p. 180). Estos hechos han tenido su eco en el pensamiento filosófico y en la literatura: el escepticismo sobre los resultados del proyecto moderno ha llevado a algunos a preguntarse incluso si sería un verdadero mal la desaparición del hombre de la faz de la tierra (p. 186). Sea como fuere, el hombre se ha llegado a sentir un parásito que se aprovecha del pasado sin prestar atención a conservarlo, ignorando la posteridad a la que dejar un legado (pp. 187-190). Se genera así un desprecio por el ser humano, una tácita delectación por denostarlo frente a las demás creaturas.

El principal afectado por el dominio del hombre es el hombre mismo. El proyecto de dominación significa, a la postre, el dominio de unos hombres sobre otros. Los hombres se convierten en “*matériau humain*” (p. 213) maleable bajo la dirección de otros. De tal modo ha ido tomando cuerpo el así llamado “transhumanismo”, cuya intención es mejorar el capital humano sin por ello abandonar la sospecha de lo humano en bruto. La transformación de lo humano empieza por el control de la natalidad, el cual supone “*entrer l’humain dans la sphère de la production ; puis, une fois l’homme devenu non plus sujet mais objet de la production, tout invite à le soumettre, comme tout autre produit, à la rationalisation*” (p. 220). Se selecciona, pues, el número de individuos y se procura mejorar la calidad de la especie. Tales ideas no emergen únicamente en el nazismo y la Unión Soviética sino que ya estaban presentes incluso entre los revolucionarios franceses (p. 224).

Ahora bien, un hombre “mejorado” difícilmente podría seguir siendo humano. Por este motivo, el proyecto moderno no desemboca en el hombre, sino en su superación, el “superhombre”. La consecuencia se extrae con prontitud: “*Le règne de l’homme est fini*” (Guy de Maupassant: cit. en p. 230). La dominación ha tomado tal envergadura que el hombre mismo es sometido por ella. Se llega incluso más allá, pues se pretende construir a Dios en persona, algo no tan difícil desde el momento que es la Humanidad quien ha sido divinizada; pero un dios confeccionado por manos de hombre enseguida corre el riesgo de devenir un ídolo sediento de sangre (p. 238). Es en este último paso de la realización del proyecto moderno donde la incertidum-

bre ante el futuro alcanza sus cotas más elevadas, puesto que el proyecto —por su propia índole— siempre incluyó mucho de tanteo y de experimentación. El hombre podría ser, pues, un ensayo fallido, en otras palabras, un fracaso. No cabe duda, el hombre podría desaparecer para siempre en el proceso. Así, concluye Brague: “Après la mort de Dieu, ce n’est pas le règne de l’homme qui vient, mais celui du dernier dieu, qui est la Mort” (p. 249). Nuestro autor juega con el doble sentido de la palabra francesa para “fracaso”, échec. Este término es la versión francesa de la voz persa que da lugar a nuestro “jaque”. Así, al pronunciarse el “jaque mate” (“qui veut dire : ‘ Le roi est mort ’”) contra el reino del hombre, en realidad, tan sólo vencería la Muerte (“Elle [sc. l’expression] se retournerait ainsi en ‘ la Mort est roi ’”: p. 249). La muerte de Dios provoca ineluctablemente la muerte del hombre, pues la humanidad no es capaz de legitimarse a sí propia, no puede dar razón de su superioridad en base a ella sola; termina por arrastrar al triunfo de la libertad absoluta, una libertad incapaz de distinguir entre nobleza y crueldad (pp. 257-258). Con todo, incluso para tal libertad, lo “más económico” es la nada (p. 269) y, así, la deriva que podría acabar tomando la humanidad sería un suicidio colectivo incruento, el cual se realizaría prescindiendo de transmitir la vida a ninguna futura generación, como ya advirtió Brague en un volumen precedente: *Les ancrés dans le ciel*, Seuil, Paris 2011.

El libro revela la amplia erudición de su autor, el cual lamenta empero no haber leído más que la centésima parte de lo que habría sido menester (p. 9). No retorna sobre los bien conocidos lugares comunes de las obras de los grandes filósofos, sino que señala multitud de textos tan poco citados como elocuentes. Esto —además de hacer jugosa su lectura a un público culto no especializado en filosofía— proporciona a esta obra una solidez y un modo peculiar de plantear los problemas que la vuelve valiosa, descollando entre la literatura dedicada a la ya consabida crítica al tecnicismo moderno, que venimos escuchando desde hace algunos años. Brague hace pocos pronunciamientos personales, pero nos deja entrever sus pensamientos detrás de la serie sucesiva de ideas ajenas escogidas con cuidado, ágil e inteligentemente ordenadas. No pretende ser un refractario de la modernidad sino más bien un terapeuta. Trata de sacar a la luz sus heridas y mostrar vías de sanación: recuperar una actitud de recepción reverente del esfuerzo de las generaciones pasadas a fin de proporcionar a las venideras un patrimonio material y espiritual con que ellas puedan también vivir. Tal pauta de conducta, con precedentes en el mundo premoderno, es para él insostenible sin que la vida humana como tal sea justificada. Ahora bien, dicha justificación no puede proceder del hombre mismo y mucho menos de su voluntad de dominio, sino de un bien que precede al hombre y últimamente se debe encontrar en Dios. Él no es rival del hombre, sino más bien es quien promueve su vida y le concede reinar junto a Él. Quizá sea ésta la lección que pretenda transmitirnos Brague en esta hermosa obra: no es menester conquistar el reino del hombre, sino que éste debe ser recibido como don.